

## **UN DÍA DE LUTO PARA LA CULTURA**

---

ÁNGEL AROCA LARA  
DIRECTOR

---

Atrás quedaba la villa ducal de Fernán Núñez recostada sobre su estera de ocres milenarios, calcinada, casi derretida y arrebolada aún por el sol inclemente del último San Pedro, que, vencida la tarde, se alzaba todavía en el horizonte, acaso alardeando de su insultante juventud. Eran cerca de las diez de la noche y se veía grande, rotundo, redondo y rojo, como torta cenecia chamuscada en la calda de las viejas tahonas de mi infancia. Acá y allá, los girasoles de la Campiña inclinaban reverentes la cabeza, como rindiéndole pleitesía, y su aliento sofocante enhebraba las ventanillas del coche, envolviéndome.

Quizá don Juan Gómez Crespo, enemigo perpetuo de la notoriedad, que procuró pasar por este mundo de puntillas, quiso alargar su vida, ya imposible, hasta el solsticio para que la fuerza del sol nuevo le quitara importancia a su muerte. Pero ni siquiera la vehemencia con que nos fustigó despiadado el día del entierro, ni aquel constante reclamar nuestra atención con la inconsciencia absorbente de los niños, pudieron eclipsar el profundo dolor de ver partir definitivamente a don Juan.

En mala hora, porque no hay hora buena para saber que han muerto los que quieres, me llegó la noticia de su muerte ocultando su rostro despiadado detrás del velo negro de la noche. El sol dormía aún y no entibiaba el metal de la guadaña. El frío de hielo de su tajo brutal, experto en cercenar ilusiones y anhelos, me estremeció de pies a cabeza, pues, aunque era cosa anunciada, nunca estuve totalmente dispuesto para aceptar la muerte de don Juan.

Ya en la mañana del día de San Pedro, Córdoba, la serena, la resignada, la imperturbable, se vio también sacudida por tan triste noticia al ver la esquila inserta en las páginas del diario "Córdoba".

La familia, que conocía mejor que nadie a este cordobés insigne, no quiso reflejar en dicha esquila ninguno de sus títulos y distinciones. Ellos saben muy bien que él es ya parte de la historia de esta ciudad y que en su Academia, sus aulas y sus foros culturales resonará siempre el eco de su buen hacer y su saber

estar. Nada podría reportarles más consuelo que esta íntima satisfacción y, por otra parte, al renunciar a cualquier forma de ostentación en este adiós definitivo, no hicieron sino lo que hicieron siempre, plegarse fielmente a la voluntad del esposo y el padre, mantener en la muerte ese mismo muro de cariño y respeto, que preservó a don Juan en vida y le permitió vivir –pienso que feliz– en un mundo idílico que fue feudo exclusivo de la ciencia, la caballerosidad y la elegancia moral.

La vida sigue, no obstante, y hube de atender varios asuntos a primera hora de la mañana. El sol estaba ya en lo alto y agostaba con saña el campus de Rabanales cuando llegué al tanatorio acompañado de algunos académicos. Otro miembro de nuestra corporación, Feliciano Delgado concluía una misa por el alma del difunto. Allí estaba toda la familia serena ante la muerte, con dolor por la pérdida del padre, del esposo, del hermano o del abuelo, pero cristianamente resignados y acatando la voluntad de Dios.

Hablé con Josefina y las lágrimas afloraron a sus ojos enrasando los párpados pero sin llegar a derramarse. Sólo vi llorar abiertamente a Marina con un llanto digno del que apenas trascendía un sollozo. Siempre he admirado este saber estar ante el dolor, recatándolo para no contaminar a los demás con las penas propias.

El sol, ajeno al luto de la ciudad, siguió su curso y abrasaba las calles mudéjares de la Judería en la hora de la siesta. Trochamos entonces por la Puerta de Almodóvar, camino de San Nicolás y, sudorosos, llegamos a la iglesia atravesando la plaza donde estuvo su antiguo cementerio. Ni siquiera los gruesos muros del templo fernandino eran capaces de guarecernos del calor. Este seguía siendo sofocante en el interior de la iglesia, repleta como estaba por los muchos cordobeses que habían acudido a tributar su último homenaje al amigo, al compañero, al maestro, al hombre cabal, que se hizo acreedor del cariño y el respeto de cuantos tuvimos la fortuna de conocerlo.

Vi bajo el arco toral el ataúd con los despojos mortales de don Juan, purificados ya por el dolor de los últimos meses, y sentí alivio de no saber hasta qué extremo se había cebado en él la enfermedad. Gracias a Dios podía recordarlo tal como lo conocí siempre: solemne, ceremonioso, sentenciando con el acierto de los sabios y derrochando dignidad en todas sus actuaciones.

Concluía aquí la trayectoria vital de un hombre esencialmente bueno, paradigma de pundonor –¡Cómo nos conmovía verlo acudir a las sesiones académicas acompañado de sus hijos cuando ya no podía valerse por sí solo!– y caballero siempre. El dolor de la separación cerraba el último capítulo de una vida larga y fecunda, consumida en el ara de la Cultura, consagrada a «dar de saber» a todos los cordobeses ávidos de conocer su pasado, sin buscar otra recompensa que la satisfacción de servirlos. No es extraño que Córdoba entera con su Alcalde en funciones a la cabeza macizara las naves de San Nicolás de la Villa.

Pero, don Juan, que amó con ansia esta ciudad, no olvidó nunca su pueblo natal, Fernán Núñez. Allí concluyó, mediada ya la tarde, su último viaje. A cada cual lo suyo y también a la tierra hay que darle lo que le pertenece.

A pique de fundirse en el crisol de la Campiña calcinada, doblaban las campanas de Santa Marina de Aguas Santas convocando a los paisanos del difunto a su entierro. La plaza de la iglesia –orientada a poniente– se me antojó el horno del

martirio de la virgen gallega cuando saludé al Alcalde de la población. Al iniciarse el cortejo fúnebre, tras la Misa, languidecían las orquídeas y las rosas en las coronas.

El sol, nuestro compañero inseparable en este día de luto, nos siguió hasta el cementerio, donde ya estaba abierto el panteón familiar en un patio limpio, blanco, primorosamente cuidado y no exento de atractivo. El eco de las voces de los enterradores nos llegaba desde el interior del mausoleo envuelto en el misterio y el frescor grato, con olor a greda húmeda de los sótanos de mi tierra, que tanto me atraían de muchacho. No cabe duda de que todo, hasta el rostro airado de la muerte, se torna más humano en los pueblos. Sólo el sol era también allí inmisericorde y no dejó de fustigarnos mientras duró la inhumación.

Salí con él de Fernán Núñez —ya lo he dicho— y me acompañó hasta Córdoba. Lo vi por última vez cuando bajaba la cuesta del Espino. Ello no obstante, el bochorno arreció al entrar en la ciudad, que ya había encendido sus candelas para recibir a la noche. Muchos de los vecinos del Sector Sur que llenaban las terrazas de la Avenida de Cádiz, ajenos probablemente a la muerte de don Juan, estarían hablando, a buen seguro, del sol de San Pedro y sus secuelas. Pero éste, pese a su arrogancia, ya era historia pasada; en pocas horas la brisa del alba borraría definitivamente sus huellas y con ella nos llegaría otro sol, aún más prepotente, que habría de dejar pequeños sus desafueros.

No es tan fácil, sin embargo, que otro hombre pueda llenar el vacío que nos deja la ausencia de don Juan Gómez Crespo y, mucho menos, el borrar su memoria. Los que lo conocimos lo extrañaremos siempre y jamás olvidaremos que, en vida, repartió a manos llenas lo mejor de sí mismo y preservó el preciado tesoro de sus libros para legárnoslo a su muerte. Ha sido su voluntad —así me lo manifestó su hijo Alfonso cuando volvíamos del cementerio— repartir su biblioteca entre su pueblo y su Academia o, lo que es lo mismo, entre sus dos patrias, Fernán Núñez y Córdoba, porque el patrimonio de nuestra centenaria Institución no es sino parte del patrimonio de Córdoba y está al servicio de los cordobeses.

Don Juan ha muerto pero vivirá siempre entre nosotros. ¡Pobre sol de San Pedro!, pretendió eclipsar el dolor con su fuego dorado y terminó perdiéndose sin pena ni gloria en las sombras de la última noche de junio. Apenas han pasado unos meses y ya nadie habla de él. Si hoy lo hemos recordado en esta crónica, ha sido sólo porque le tocó iluminar el día en que enterramos a don Juan. Sólo por él habrá de perdurar en el recuerdo.